

Raúl M. Lombana
Rodríguez

*Hacia una nueva teoría
de las formaciones
nacionales*



Mucho se ha debatido, desde la Revolución Francesa hasta la fecha, sobre términos como nación moderna, estado-nación o nacionalismo; todos ellos asociados al nuevo orden político de la sociedad erigido desde finales del siglo XVIII. Su interpretación ha generado siempre un gran cúmulo de discusiones, las cuales se incrementan notablemente en la actualidad con los impactos de una globalización neoliberal cuyos efectos han generado, para múltiples especialistas de una u otra tendencia política y académica —no siempre con suficientes elementos—, todo un cuestionamiento (ya casi sistemático) en torno a la viabilidad del estado nacional, tanto en los países subdesarrollados como en los del llamado primer mundo, sugiriéndose la existencia de una auténtica crisis de aquel como entidad política contemporánea.

Esto llama la atención, sobre todo, si se toma en cuenta que la nación continúa siendo la forma de institucionalización humana más acabada, erigida, efectivamente, en la coyuntura del proyecto burgués como fenómeno típicamente capitalista, habiendo establecido un régimen vigente aún en la mayor parte del mundo actual; a lo cual puede sumarse el hecho de que las experiencias históricas alternativas (entiéndase socialistas, en primer lugar) del siglo XX no establecieron un orden diferente, ya fuese bajo concepciones republicanas, federativas o unionistas, según el caso, en el modo de organizar la construcción nacional existente.¹

¹ Entiéndase como *construcción*, en este espectro, al proceso mediante el cual distintos sujetos sociales participan en la imaginación y socialización de un

Sin embargo, al analizar la literatura referida al tema, pueden notarse múltiples lagunas que evidencian la ausencia de una teoría concreta sobre las formaciones nacionales ajena a la teoría tradicional sobre el nacionalismo. Ésta, por demás, no ha resultado nunca totalmente aplicable a cada uno de los contextos en que ambos fenómenos se han manifestado, sobre todo en los casos de Asia, África y América Latina, cuya condición ancestral de coloniaje y subdesarrollo supone tendencias anómalas en comparación con los grandes paradigmas eurococcidentales.

El Estado-Nación como nuevo modelo de estructuración política para la sociedad moderna

La nación moderna aparece en el mundo desarrollado como fenómeno relacionado con la naturaleza y alcance de las transformaciones que posibilitaron la transición del antiguo régimen a la sociedad burguesa, imponiéndose como resultado de un largo y complejo proceso que dio lugar al nuevo modelo de estructuración política de la sociedad. Éste funcionó, a lo largo de más de dos siglos, como una especie de programa universal imitado por el resto de las naciones con más o menos fidelidad respecto al modelo original.²

Desde el inicio, el tema surgió asociado al concepto de soberanía, cuyo debate se aprecia claramente en la obra de autores como Bodin, Hobbes, Locke y Rousseau, con ideas decisivas para el basamento ideológico del llamado Ciclo de las Revoluciones Burguesas, y que abrió paso tanto a las naciones modernas tradicionales (Francia, Gran Bretaña y — con notable diferencia — España, Portugal o Rusia) como, más tarde, a las multiculturales

mito: en este caso la nación. Ver Pablo A. Riaño San Marfil: *Pensando la Nación en el Interregno: Cuba, 1899-1902*, en María del P. Díaz Castañón (Coord.): *Perfiles de la Nación*, t.1, p. 48.

² A decir de Boris Santana, la formación de la nación moderna y la ideología del nacionalismo «deben ser entendidas en el contexto de las divisiones políticas y los conflictos religiosos que siguieron al derrumbe del mundo medieval, hecho este que elevó a un primer plano el tema de la naturaleza de la autoridad política y permite apreciar las innovaciones institucionales y conceptuales claves del estado moderno, en particular la influencia que iba a ejercer el concepto de soberanía en la configuración de las sociedades políticas del mundo moderno». Para más información, ver, de este autor, *La Polémica sobre el Estado-Nación en el Contexto Integracionista Latinoamericano bajo el Impacto de la Globalización Neoliberal*, pp. 2-3.

(el Imperio de los Habsburgo, el Imperio Otomano, Italia, Alemania, Hungría, Rumanía, etc.).³

Según Miroslav Hroch, los movimientos nacionalistas europeos se dan a través de tres etapas constructivas: una cultural, folklórica y literaria (sin pretensiones políticas nacionales), otra de aparición de portavoces de la idea nacional, y una tercera de asunción popular consciente del proyecto nacional.⁴ En esta primera etapa, lo importante de la nación era que fomentara el «interés común frente a los privilegios»,⁵ lo cual sirvió de base tanto a los movimientos nacionalistas europeos como a los de liberación nacional que transcurrían, sobre todo, en la América colonial, con efectos —por supuesto— bien diferentes.

En el caso de los movimientos nacionalistas europeos, por lo general, la conciencia nacional no cristaliza hasta después de constituido el estado nacional,⁶ como consecuencia de la movilización de todos los poderosos instrumentos con que cuenta para lograr la homogeneización y la lealtad de los ciudadanos (escuela pública, servicio militar, funcionarios públicos diversos, etc.). En América esto no ocurre de forma similar, pues el proyecto nacional aparece políticamente vinculado a una necesidad aún más precaria: la de la independencia, a lo cual se suma la influencia ideológica del propio referente europeo.

En las últimas dos décadas del siglo XIX, aparece en la nación un significado más específico y duradero en la nación moderna, cuando se plantea que cada estado territorial pertenece a un pueblo determinado, y sus peculiaridades étnicas, culturales y lingüísticas constituyen la esencia de la nación. Cada una de ellas, pues, se identifica con un determinado pueblo, del cual quedan excluidas las minorías étnicas.

Ello implica que el nacionalismo está presente desde la primera modulación histórica de la nación moderna, pero se patenta mucho más en la segunda, identificado con una historia y una cultura nacional construidas a imagen y semejanza de la idea nacional sustentada por las elites burguesas. En esta la segunda modulación (el estado étnica y lingüísticamente homogéneo), el

³ E. Hobsbawm: *Naciones y Nacionalismo desde 1780*, p. 31.

⁴ M. Hroch: *Real y Construida: La Nación*, pp. 133-134.

⁵ P. Vilar: *Sobre los Fundamentos de las Estructuras Nacionales*, p. 11.

⁶ Para más información al respecto, ver F. Engels: *El Papel de la Violencia en la Historia*, pp. 396-449.

nacionalismo acompañante se convierte en una ideología mucho más poderosa, chovinista, xenófoba y racista.

Para sostenerlo, los grupos dominantes necesitan seguir siendo legitimados por los ciudadanos (en quienes teóricamente radica la soberanía). Es entonces que el nacionalismo, disfrazado de patriotismo de estado, se erige en fórmula de las elites para perpetuarse en el poder, exacerbando los sentimientos patrióticos del pueblo y gestionando su lealtad al estado. Como resultado, desde 1870 se suele emplear el término nacionalismo para describir más este giro de la nación hacia la derecha política.⁷

A pesar de esto, el estado-nación moderno continuó aglutinando las voluntades de sus miembros, pues significaba la ruptura con las cadenas del antiguo régimen, enclavándose en un territorio coherente e indiviso, con fronteras precisas, bajo un gobierno organizado con una única autoridad y sistema legal y administrativo, cuyo discurso se erigía en los principios de libertad e igualdad que «estaban destruyendo la legitimidad del reino dinástico jerárquico divinamente ordenado».⁸

El moderno concepto de nación evolucionaba, así, en función de la burguesía comercial e industrial, constituyendo una novedad por sus cambios en la norma política, que desestratificaba la sociedad de privilegios eclesiásticos, sanguíneos o nobiliarios (aún cuando estratificara otros peores). Como la norma burguesa (en teoría) incluye el ejercicio de la soberanía para todos los nacionales, los sectores más pobres continúan sin acceso real a tales beneficios, pero se sienten incorporados al proyecto nacional.

Ello explica cómo el discurso de la burguesía (salvo raras excepciones) terminó siempre, a la larga, ganando el pulso a aquel otro que pretendía favorecer a obreros y campesinos, los cuales no fueron capaces de percibir totalmente la segunda modulación histórica del nacionalismo, cada vez mejor edulcorada por sus enemigos de clase a través de diversos y sofisticados recursos que han sabido adaptarse a cada momento histórico.

⁷ El cuestionamiento y la caída de los valores e instituciones del liberalismo, provocados por la derecha radical, «significó de hecho la ruptura con una tradición que situaba al nacionalismo del lado del progreso y la razón contra el conservadurismo del viejo régimen». Ver, al respecto, B. Santana: *La Polémica sobre el Estado-Nación en el Contexto Integracionista Latinoamericano bajo el Impacto de la Globalización Neoliberal*, pp. 9-10.

⁸ B. Anderson: *Comunidades Imaginadas*, pp. 24-25.

La teoría tradicional sobre la nación moderna y sus limitaciones para el mundo subdesarrollado

El origen de la teoría que podría acercarse a ser llamada como «clásica» en torno a la nación moderna aparece más bien asociada al interés de explicar el nacionalismo, y surge en las propias academias de la burguesía liberal de Occidente. Esto se debe a que esta clase coincidió en tiempo con el proceso de construcción nacional europeo y norteamericano, justo hasta el momento en que el liberalismo comenzó a ser desplazado como ideología dominante.

Sobresalen, entre otras ideas, las de Burkle y Mill, con su énfasis en la identidad nacional como factor básico para la consumación de la nación y su ponderación de la unidad política del gobierno;⁹ las de Hamilton y List, que priorizan el tutelaje estatal para el desarrollo económico de las grandes naciones;¹⁰ y las de Renan, con un subjetivismo más tendiente a identificar la nación con la conciencia de pertenencia de los ciudadanos.¹¹

Como tendencia general en estos y otros autores, no había lugar para unidades nacionales de pequeñas dimensiones, pues la nación debía ser unificadora antes que separatista (así lo demostraban la Guerra de Secesión norteamericana, sobre todo), significando el progreso en la medida en que transitara de la unidad pequeña a la mayor, por lo cual los pueblos pequeños y atrasados podían encontrar una puerta a la modernidad solo a través de su asimilación por parte de las naciones más fuertes,¹² lo cual significaba el primer paso de la unificación de todos los pueblos en una comunidad universal, eliminando lo local.

Más que la conceptualización misma del fenómeno nacional, la mayoría de los teóricos liberales intentaba establecer criterios desde los cuales determinar qué colectividad humana llegaría a ser nación independiente, para lo cual debían contar con tres antecedentes importantes: una asociación histórica prolongada con alguna forma de organización estatal anterior, una antigua elite cultural con lengua propia, literatura vernácula y expe-

⁹ Ver John Stuart Mill: *Del Gobierno Representativo*, p. 360.

¹⁰ Eric Hobsbawm: *Naciones y Nacionalismo desde 1780*, pp. 39-40.

¹¹ Toda la teoría de este autor se erige a partir de su famoso axioma: «Una nación es un plebiscito diario». Ver en E. Renan: *¿Qué es una Nación?*, p. 3.

¹² Eric Hobsbawm: *Naciones y Nacionalismo desde 1780*, p. 43.

riencia administrativa, y una capacidad históricamente demostrada de conquista o asimilación.

Tales principios llegarían a poner en crisis su origen liberal al menos con dos casos terriblemente nefastos durante el siglo xx: el nacionalsocialismo fascista, y el imperialismo hegemónico norteamericano, que constituyen el extremo de la segunda modulación nacionalista, en ambos casos esgrimida desde una posición de extrema derecha (ultraconservadora), lo cual supone, obviamente, el abandono de los principios liberales de la construcción nacional, la asunción de un carácter reincidentemente imperialista y la manipulación total del proceso de democratización en la política de masas.¹³

Aún así, la primera modulación del fenómeno nacional resultó lo suficientemente progresista durante los inicios de la modernidad como para merecer más análisis especializado, además de resultar un suceso tan objetivo como interesante. Por eso, durante el siglo xx el tratamiento del tema fue continuado por otros teóricos occidentales, distinguiéndose nombres como los de Anthony Smith, Perry Anderson, Adrian Hasting, Miroslav Hroch, Brendan O'Learly, Benedict Anderson, Eric Hobsbawm o Ernest Gellner, cuyas teorías han resultado de suma utilidad para comprender los procesos seguidos por la evolución del estado nacional y el nacionalismo durante la Época Contemporánea.

De todos los teóricos del tema, fue sin dudas Gellner quien más se destacó, al definir relaciones coherentes acerca del surgimiento de las naciones (que representan para él una contingencia y no una necesidad universal) y rechazar la naturalidad, autoevidencia y autogeneración del nacionalismo.¹⁴ De estos presupuestos, ofrece al menos tres aportes que merecen destacarse: el establecimiento de la industrialización como base para

¹³ Al abandonar el umbral renaniano, surgen naciones «no históricas» que esgrimen como criterios decisivos, a veces únicos, para validar su condición de nación, desarrollándose una inclinación de los sentimientos nacionales en estados ya constituidos hacia la derecha política, el chovinismo y el racismo. Ello sería decisivo en el estallido de la Segunda Guerra Mundial, con la cual el nacionalismo afianzó su naturaleza reaccionaria. B. Santana: *La Polémica sobre el Estado-Nación en el Contexto Integracionista Latinoamericano bajo el Impacto de la Globalización Neoliberal*, pp. 49-50.

¹⁴ E. Gellner: *Naciones y Nacionalismo*, p. 32.

el origen y desarrollo de la nación (siempre proporcional a su solidez), la idea de que el nacionalismo precede a la nación y nunca a la inversa, y el sistema de clasificación de los nacionalismos.

Operativamente, en su célebre trabajo *Naciones y Nacionalismo*, este autor llega a determinar ocho tipologías básicas del fenómeno, a partir de las posibles combinaciones entre cuatro elementos básicos. Ello no determina exactamente una teoría de las formaciones nacionales, pero — toda vez que éstas son antecedidas por aquel — el método ofrecido puede interpretarse como un algoritmo para medir su alcance y naturaleza. Dicha clasificación queda establecida por el autor de la manera siguiente:

Tipo	P	-P	Características
1 -	-E	-E	. Situación pre-nacionalista típica . Situación pre-nacionalista atípica
2 -	a	b	
3 -	a	a	. Industrialización precoz sin catalizador étnico . Nacionalismo étnico
4 -	a	b	
5 -	E	E	. Industrialismo Homogéneo (Nacionalismo arraigado) . Nacionalismo liberal clásico occidental
6 -	a	b	
7 -	-E	E	. Nacionalismo de Diáspora . Decembrismo Revolucionario
8 -	a	b	
		<i>P ... Poder Político</i> <i>E ... Acceso a la Educación</i> <i>a a ... Similitud Etnico-Cultural</i> <i>a b ... Diferencia Etnico-Cultural</i>	

El primer indicador de Gellner (la industrialización) no es ilustrado siquiera en la tabla, pues se presupone como antecedente imprescindible en los 8 casos. Los tres restantes son, respectivamente, la tenencia del poder político (P o -P), el acceso a la educación modernizante (E o -E) y la similitud o diferencia étnico-cultural de los grupos socio-regionales (a+a o a+b). A su juicio, no se desarrolla el nacionalismo en los tipos 1, 2 y 8. En el tipo 3 se da un gran conflicto de clases, pero sin desestabilización del sistema. Solo tienen posibilidades de generar la nación moderna las situaciones 4, 5, 6, y 7.

Por mucho que pese a algunos, cabe decir que, en términos generales, la fórmula permite medir con precisión el desarrollo del nacionalismo y las formaciones nacionales en Europa desde 1789, por lo cual tal vez no se ha propuesto posteriormente otro sistema clasificatorio de este tipo.

Sin embargo, la teoría universal sobre las formaciones nacionales se halla aún en construcción. Ni siquiera dentro de la misma tendencia liberal occidental se ha logrado jamás un consenso mínimo de los especialistas, que una y otra vez arremeten contra Gellner alegando uno u otro descuido teórico en torno al orden en que intervienen los diferentes factores que participan del proceso.¹⁵

A esta indefinición contribuyen sobremanera las lagunas originadas por la falta de estudios marxistas suficientes sobre el

¹⁵ Entre los criterios diversos de la crítica occidental acerca de la teoría gellneriana, se la concepción subjetivista de la nación inglesa como modelo inicial, cuyo avance moderno vino a materializarse, paradójicamente, en sus colonias norteamericanas. También sobresalen otros autores como Pierre Van Der Berghe, Johann Gottfried y John Armstrong, así como Fichte, Berghe, Harder y Brass, quienes entienden que las naciones constituyen realizaciones perennes y permanentes de la Humanidad, pero sin un consenso en cuanto al carácter natural de su formación y el papel de las elites. Igualmente, destacan las ideas de Kedourie (con su rechazo a la contingencia del nacionalismo), O'Learly (con su ponderación del elemento político, Hroch (con su negación del nacionalismo como el impulsor auténtico de los procesos sociales), Nairn (con su significación de los límites y la importancia del ruralismo para el desarrollo nacional), así como Perry Anderson, Laitin, Greenfeld, Mouzelis (que desechan la existencia de la nación como condición suficiente para la aparición de nacionalismos, viendo a éste, más bien, como consecuencia de la difusión desigual de la industrialización, siendo aquella la entidad territorial mínima que termina imponiendo una cultura dentro de sus fronteras) y Taylor (que agrega la tesis de la división moderna del trabajo multiforme pero superficial, la incompreensión acerca de la capacidad del nacionalismo para arrastrar a quienes no conforman la elite, y la posibilidad de la nación antes de su constitución política); sin contar a los más escépticos, como Weber (que simplemente no cree posible una teoría del nacionalismo, pues jamás sus definiciones se adaptarán a todos los contextos), Beissinger (que entiende al nacionalismo como ineficaz por sí solo para explicar el comportamiento de sus actores y ofrecer una teoría de la sustentación de las naciones), o Brubaker (que simplemente asume como irresolubles todos los conflictos nacionalistas, en principio y por su propia naturaleza). Por último, Adrian Hastings asegura que no es la industrialización, sino la aparición de la escritura en lengua vernácula, el motor impulsor de las formaciones nacionales y el nacionalismo. Para una documentación más completa sobre estos aspectos, ver: John A. Hall (Ed.):

tema, que no han ofrecido la contraparte requerida en el debate. Marx y Engels no elaboraron una teoría del nacionalismo y de la nación, pues, enfrascados en un objeto prioritario para ellos como lo era la lucha de clases, circunscribían a éste tales cuestiones, casi siempre refiriéndolas a través de su postura concreta en torno al derecho de autodeterminación nacional de uno u otro territorio.¹⁶

De este modo, los clásicos consideran a la nación moderna como una institución transitoria, contingente, resultante de la reorganización de la sociedad política del antiguo régimen que, a su vez, lo había sido de la antigua sociedad esclavista.¹⁷ Llama la atención el hecho de que esta concepción implicaba necesariamente la fusión de las nacionalidades pequeñas en las grandes, sin lugar para las reivindicaciones separatistas en el interior de las naciones históricas ya establecidas; tal y como lo plantea el liberalismo burgués.

Aun así, debe reconocerse que existen constantes en los clásicos marxistas que clarifican tanto los fenómenos nacionales como su propia consideración como subalternos.¹⁸ Entre los méritos

Estado y Nación: Ernest Gellner y la Teoría del Nacionalismo, pp. 5-342.

¹⁶ En su investigación titulada *La Polémica sobre el Estado-Nación en el Contexto Integracionista Latinoamericano bajo el Impacto de la Globalización Neoliberal* (pp. 31-53), B. Santana dedica dos magníficos epígrafes a este tema, que pueden esclarecer cualquier duda en torno a la postura del marxismo ante la cuestión nacional. Entre otros aspectos, Santana reconoce la mencionada carencia, si bien asume que los clásicos se refirieron marcadamente al problema nacional en Inglaterra, Francia, Alemania, Hungría, Polonia e Irlanda; sobre todo a raíz del proceso revolucionario de 1848, que los obligó a precisar sus posiciones sobre el tema en contra del derecho liberal a la autodeterminación, proclamado, entre otros, por Bakunin.

¹⁷ Las diferencias nacionales no significaban nada por sí mismas, siendo importantes solo en la medida en que retrasaran o catalizaran la revolución proletaria. Constituía la nación, por tanto, solo un momento necesario en el proceso de desarrollo del capitalismo, debiendo la revolución proletaria ser, por naturaleza, supranacional: «Los obreros no tienen patria. No se les puede arrebatar lo que no poseen. Mas, por cuanto el proletariado debe en primer lugar conquistar el poder político, elevarse a la condición de clase nacional, constituirse en nación, todavía es nacional, aunque de ninguna manera en el sentido burgués». C. Marx y F. Engels: *Manifiesto Comunista*, p. 15.

¹⁸ Marx, al principio, solía preferir los conceptos de naciones *revolucionarias* y naciones *contrarrevolucionarias* para discriminar entre las naciones desarrolladas y aquellas cuyo carácter retrógrado impedía que tuvieran un lugar en la modernidad; en tanto, Engels utilizaba los términos hegelianos de *naciones históricas* y

que deben serles conferidos, destaca su precisión y profundidad en el esclarecimiento del origen y naturaleza del problema nacional.

Posteriormente, otros marxistas de la talla de Rosa Luxemburgo y Lenin se pronunciaron al respecto en una franca e interesante polémica, también asociada al derecho de autodeterminación. El segundo consideraba que los conflictos nacionales tenían como origen problemas que las revoluciones burguesas no habían resuelto y que debían ser solucionados pacíficamente, desde una posición neutral siempre condicionada a los intereses del proletariado en su lucha universal.¹⁹

Cuenta Lenin, por encima de todo, con el mérito de haber concebido una estrategia para comprender los nuevos movimientos de liberación nacional del Tercer Mundo, utilizando para ello una retórica nacionalista sin ajustarse necesariamente a los cánones europeos, a lo cual se suma que, durante su práctica estadista, no se opuso jamás a ninguna autodeterminación. Muchos de sus seguidores, desde las diversas tendencias conocidas del marxismo posterior, se acercaron en lo adelante al tema nacional, pero sin llegar a ofrecer una teoría o método superior para determinar la esencia de las formaciones nacionales.²⁰

naciones sin historia, considerando dentro de las primeras aquellas cuya viabilidad estaba garantizada por el hecho de emerger en grandes colectividades humanas, con un pasado estatal u otros elementos de identificación con un nuevo proyecto nacional. G. Haupt y M. Lowy: *Los Marxistas y la Cuestión Nacional*, pp. 7-9.

¹⁹ La primera rechazaba la posibilidad de aplicar el derecho de autodeterminación (abstracto y metafísico) a situaciones concretas en que no se contradijera con el interés esencial de la lucha proletaria, interpretando que la nación, como un todo uniforme y homogéneo, no existe si cada clase cuenta con intereses contrapuestos, por lo que la independencia de las pequeñas naciones era mera utopía económica condenada por las leyes de la Historia (excepto en el caso de los pueblos balcánicos). Lenin, en tanto, limitaba estos planteamientos genéricamente democráticos a otros de clara perspectiva clasista, mostrando el interés prioritario por la autodeterminación del proletariado. Para él, lo que Rosa Luxemburgo establecía era una sustitución del problema de la autodeterminación política de las naciones en la sociedad burguesa por el de su autodeterminación e independencia económica. Para más información sobre este particular, ver José María Laso Prieto: *El Derecho a la Autodeterminación*, p. 5.

²⁰ Entre los citados estudios posteriores a Lenin desde el marxismo, destacan nombres como los de Stalin, con su definición de los rasgos que caracterizan a la nación y sus observaciones en torno al derecho de secesión y el carácter estable de la comunidad; Otto Bauer, quien defendía la autonomía cultural dentro del

Sin embargo, ni las grietas halladas por la propia crítica occidental al sistema gellneriano, ni la ausencia de suficientes estudios marxistas, constituyen el mayor problema vigente relacionado con los procesos de formación nacional: Más allá de Europa y Norteamérica (sobre todo), en el mundo subdesarrollado, la incongruencia que guardan estos procesos con la fórmula tradicional deja muchas interrogantes, como lo muestra el caso de las repúblicas latinoamericanas fundadas a partir de 1810.

En efecto, la teoría en cuestión resulta allí tan inviable e inoperante para explicar los procesos formativos del estado-nación como para entender su compleja naturaleza. Remitiéndose solamente al tipo de nacionalismo desarrollado durante los Procesos Independentistas en América Latina, de los cuales emergieron las actuales naciones de la macrorregión, puede notarse fácilmente esta inoperancia:

En caso de que se asumiese el tipo 4, en el que una elite culta y dueña del poder político enfrenta el embiste de una masa inculta que aspira a conquistarlo, se suscribiría la lucha solo a un nacionalismo étnico, cuando en realidad esta masa no se autodirigió ni logró el poder para sí, sino que necesitó de la dirección del sector criollo, que no contaba con sus mismas características, y que a la larga fue el gran beneficiario.

Si se asume el tipo 6, tomando en cuenta que este último grupo dirigió la lucha contra la aristocracia y la Corona española, y se cuenta a la vez con que no tuvieron entonces una diferencia notoria en torno a su acceso a la educación y su composición étnico-cultural, sucedería lo contrario, quedándose fuera del esquema las fuerzas motrices de la revolución.

Por último, si se hiciese la salvedad de que el sector criollo contara con acceso a una educación más ilustrada, se asumiría el tipo 8, en el cual, según Gellner, no hay posibilidad alguna de triunfo.

Otras limitaciones del cuadro para el caso latinoamericano son aún más llamativas si se toma en cuenta que no estima las

estado multinacional a través de la organización de las nacionalidades en corporaciones jurídicas públicas, reconociendo los derechos de las minorías nacionales; Trotsky, de visión mucho más abierta y ecléctica en general, sostiene en el papel de las asociaciones obreras; y Kausky, quien sublimaba, en cambio, la tendencia a la creación nacional para los estados multinacionales subdesarrollados. Ob. cit., pp. 6-7.

diferencias regionales y socioclasistas inherentes a los mencionados procesos, cuyos resultados no implicaron precisamente el éxito de España. Tampoco permite la teoría «clásica» explicar la interrelación entre la revolución burguesa y el movimiento de liberación, ni ofrece alternativas en cuanto a los distintos nacionalismos posteriores, que jamás han implicado cambios estructurales duraderos ni solución a los problemas sociales de la mayoría, salvo en el caso de la Revolución cubana a partir de 1959 (que, por demás, no se acoge a ninguna de estas tipologías).

Finalmente, no se explica cómo pudo haber rupturas coloniales y formaciones nacionales sin el connotado influjo industrializador a la manera gellneriana, cuya anomalía marca en lo adelante la crisis estructural de las nuevas repúblicas, pero sin anularlas jurídicamente. Por supuesto, en Latinoamérica no se observa la supuesta modernización sino como producto de voluntades elitistas y externas, casi siempre opuestas al progreso nacional.

En esencia, la argumentación explícitamente funcionalista, la sublimación de la modernización, el olvido de la importancia de los mecanismos políticos, el apoliticismo, las esperanzas de un nuevo orden mundial con un poder transferido exclusivamente a entidades supranacionales o subestatales al servicio de elites determinadas, el olvido de la interdependencia nacionalismo-democratización, el tratamiento del nacionalismo como doctrina política convenientemente renovada, el escepticismo en cuanto a soluciones justas de conflictos etno-nacionales, y otras tantas limitaciones, continúan sin explicar el fenómeno nacional en este contexto, ante todo porque solo al cumplirse un programa nacional finaliza un movimiento nacional, y ello no ha ocurrido aún en América Latina.

Pese a lo anterior, no se halla en la historiografía latinoamericana precisamente una objeción mayoritaria a la teoría tradicional sobre la nación y el nacionalismo, sino más bien un acomodo o espera en torno a su funcionalidad final. La complejidad del crisol regional y las características disímiles de los pobladores en los diferentes contextos témporo-espaciales ha sido un freno para los especialistas, aun cuando se conoce que el tamaño del grupo y su dispersión geográfica influyen considerablemente en los procesos formativos de esta naturaleza, lo cual no deja duda acerca de que, en la medida en que las contingencias

gellnerianas representan procesos sociales más autónomos y aislados, se van presentando mayores problemas a su teoría.

Hacia una teoría inclusiva sobre las formaciones nacionales en el ámbito complejo de la modernidad

La teoría clásica sobre el nacionalismo permite, en principio, establecer una definición conceptual de *Nación Moderna*, la cual puede entenderse como aquella comunidad imaginada que representa un conglomerado de individuos con tradiciones históricas en común, las cuales determinan su noción de convergencia a partir de vínculos socio-culturales concretos (étnicos, religiosos, educativos, literarios, artísticos, costumbristas, etc.), asociada siempre a un marco territorial específico (habitado o no físicamente), que encuentra su institucionalización político-jurídica en el Estado-Nación típico de la Modernidad.

En estos términos, igualmente puede asumirse al *Nacionalismo* como el conjunto de sentimientos identitarios que, desde lo vernáculo hasta lo político, van desarrollando las comunidades imaginadas o pueblos-naciones premodernos como base ideológica de un proyecto nacional cuya realización depende de la industrialización moderna, contando con dos modulaciones conocidas: una de índole netamente patriótica, en busca del Estado-Nación Moderno; y otra de índole soberana, defendiendo su existencia y evolución; pudiendo conservar la segunda los principios de la primera, o transitar hacia formas chovinistas, xenófobas e imperialistas, según el tipo de Nacionalismo y nación de los que se trate.

El descuido de todos los elementos que incluyen estos conceptos depara, a la larga, un problema mayor: entre el Nacionalismo, el establecimiento del Estado-Nación y la defensa de su soberanía transcurren circunstancias históricas particulares e interesantes propias de cada proyecto nacional, las cuales no cuentan con un aparato conceptual acorde a sus necesidades de estudio. De este modo, la Cuestión Nacional, vigente en las etapas intermedias ubicadas entre las fases enunciadas, no ha sido lo suficientemente esclarecida, lo cual dificulta su comprensión en los estudios de caso específicos.

Sin embargo, el conocimiento de los elementos que inciden en tales interregnos hace posible definir la *Cuestión Nacional* como el estado o situación problemática transitiva en que se halla el pro-

ceso de formación nacional de un país o territorio dentro de un contexto témporo-espacial determinado, bajo los efectos de factores externos o internos que demoren, obstaculicen o traumatizan la institucionalización de la legítima soberanía nacional proclamada como proyecto común del pueblo-nación, contando con sus correspondientes antecedentes de nacionalidad y nacionalismo (en su primera modulación histórica) que gestan la irreversibilidad del proyecto bajo sus principios particulares y auténticamente nacionales.

Lo más llamativo de esta categoría estriba en que se halla presente desde los inicios del proceso a través del cual se origina y desarrolla la nación moderna, siendo la que define sus particularidades específicas y resultados diferenciados. En esencia, se evidencia justo desde que la Revolución Francesa descabeza al absolutismo —con un nivel de violencia comprensible solo bajo una verdadera noción de la magnitud y los efectos del Antiguo Régimen al que se enfrenta— y determina un camino para el futuro de las naciones modernas que establece las bases de la nueva sociedad capitalista, pujante en la vida cotidiana y respaldada en estructuras políticas propias, viciadas aún por la estela aristocrática, pero con suficiente dotación práctica del nuevo sistema como para garantizar su sedimentación e irreversibilidad.

En lo adelante, la idea de progreso se perpetuaría en el discurso cotidiano de la burguesía liberal (sobre todo), y, por tanto, se asociaría a la búsqueda y defensa del nuevo Estado-Nación Moderno como estructura que protegiera su legitimidad, soberanía y funcionamiento en un espacio territorial que ya estaba demarcado históricamente por convergencias geográficas, étnicas, lingüísticas, religiosas e idiosincrásicas. Con tales presupuestos y ofertas garantes, ese discurso contaminaría (tarde o temprano, en mayor o menor medida), a lo largo de los siglos XIX, XX y XXI, cualquier movimiento social que no se erigiera contra las formas de propiedad capitalista a escala universal, pues solo la intención de derrocar al sistema como prioridad máxima podría hallar un estorbo en su forma de organización sociopolítica.

Ello explica por qué el mensaje del Manifiesto Comunista (que fue sin dudas el que más claramente llamó a una unidad de clase para los proletarios del mundo independientemente de su origen nacional) no pudo evitar, ya bajo los efectos de la era imperialista,

que la clase obrera fuera arrastrada por la burguesía a numerosos conflictos supuestamente internacionales (entre ellos las dos Guerras Mundiales) donde hombres de la misma condición social se vieron enfrentados con diferentes banderas.

Por otra parte, cabría preguntarse por qué en aquellos casos en que logró establecerse el socialismo durante el siglo xx de manera sistémica, se asumieron los presupuestos territoriales de la otrora nación burguesa o feudal. Estas demarcaciones estuvieron siempre predeterminadas en los proyectos socialistas, y, en los casos en que se implantó el socialismo como sistema, bien se asumieron las fronteras espaciales históricas, bien las establecidas en tratados de posguerra por la burguesía. Si en algún caso existían conflictos interétnicos dentro del marco territorial heredado, estos se mantuvieron bajo el nuevo sistema, y participaron protagónicamente en su fracaso donde tuvo lugar (el caso típico lo representan las ex repúblicas socialistas de Europa Oriental, con énfasis en la antigua Yugoslavia, y también en la propia URSS).

Esto quiere decir que, si bien es la *industrialización* o *modernización* capitalista (típicamente defendida por la teoría tradicional de Occidente sobre las naciones y el nacionalismo) el fenómeno que determina la aparición del Estado-Nación Moderno, no es ella, en sí misma, la que protege, perpetúa o define su existencia, sino el espíritu comunitario inclusivo, determinado históricamente con anterioridad a la era moderna.

De este modo, los Estados Nacionales premodernos, de tipo canónico y asociados al Antiguo Régimen), no dan lugar por sí mismos a la Nación Moderna, pero sí son los que lo determinan en la pertenencia de sus actores sociales; o lo que es lo mismo, la Nación Moderna, ni existe sin su antecedente premoderno (al menos imaginado), ni tiene suficiente garantía de vida sin sus presupuestos inscritos en la memoria histórica de los pueblos.

Al parecer, los ideólogos de una de las grandes naciones formadas al calor de la modernidad eran conscientes (cuanto menos en alguna medida) de estos elementos, pues incluso se proyectaron tomándolos en cuenta de modo previo a su devenir histórico.

Desde fines del siglo xviii y durante todo el xix, las grandes potencias mundiales que en lo adelante pujarían por su grandeza mundial asimilando los nuevos códigos de esta modernidad, se lanzaron a una carrera — más o menos prevista por sus elites

burguesas— en la que buscaron su supervivencia y desarrollo con desiguales pero sostenidos resultados.

Inglaterra ya tenía su revolución burguesa desde el siglo XVII, y su renovada aristocracia se había contentado con establecer la monarquía parlamentaria como plataforma política para potenciar su predominio. No necesitaban más, pues podían contar con el halo monárquico sobre las masas, asentados en la tradición, mientras la iniciativa burguesa regía los destinos económicos y ocupaba los puestos de poder real. Ésta protagonizó la revolución industrial y estimuló la libre competencia, convirtiendo a la antigua chusma urbana del medioevo en un proletariado alienado y sin acceso a las elites. En similar situación quedaba el campesinado, ahora maniatado bajo las formas de producción capitalista en las zonas rurales. La evolución del capitalismo industrial al imperialismo y su desarrollo convergen con la estabilidad política de la era victoriana.

Francia, por su parte, vivió su revolución en otras condiciones, con una monarquía colapsante que contó con todo el siglo XVIII para poner en crisis el estado absolutista de los borbones, hasta el punto de contar con casi 23 millones de pobres entre algo más que 24 millones de habitantes para 1789. La Ilustración le permitió contar con un bagaje ideológico que distinguía claramente a cada clase social, y muy particularmente a cada uno de los grupos que conformaban la burguesía. Por todos ellos pasó el poder, luego de usurparlo, con un fuerte protagonismo del pueblo, a la Corona, el clero y la nobleza, mucho más afectados por el proceso que en el caso inglés. Fueron aquí las masas las que —bajo la dirección de los jacobinos, sobre todo— figuraron como actores principales del auge nacionalista como resultado no solo del suceso revolucionario en sí, sino de la defensa de las fronteras una vez iniciados los intentos de invasión foránea. Ellas debieron apagar el intento invasor de potencias enemigas y no de pueblos avasallados por la monarquía durante años (como se dio en el caso de Inglaterra en torno a las rebeliones irlandesas y escocesas). Napoleón fue lo que Cromwell para los franceses: el defensor de la Nación que ponía orden, un orden bajo el nuevo sistema burgués, pero con aires absolutistas. Sin embargo, Bonaparte, con más de un siglo de diferencia, sustentaba mucho más su discurso y accionar en la revolución y en el pueblo, aunque en la práctica

[164]

quisiera implantar el capitalismo a través de un gran imperio. La Santa Alianza y el Congreso de Viena jamás lograron, una vez derrotado el gran corso, la Restauración deseada: bajo monarquías como la de Luis XVIII, Carlos II, Luis Felipe de Orleans y Napoleón III (sacudidas incisivamente por la oposición dentro de la propia burguesía, el movimiento socialista y los procesos revolucionarios posteriores de 1930 y 1948) se recuperó el aura realista, pero jamás el régimen feudal. De los reyes banqueros se pasó al imperialismo que Lenin llamara usurero, también bajo la aureola nacionalista y expansionista que hallaba su icono de esplendor en la ciudad luz, con sus grandes exposiciones universales de fines del XIX.

Ambas potencias tenían en común, sin embargo, su postura explotadora acérrima para con las posesiones coloniales. En ninguna de las dos revoluciones se extendieron los nuevos derechos democráticos a los habitantes de las colonias. Éstas debían seguir ocupando su lugar (hasta para los jacobinos). Se profundizaron las empresas en Asia y África, apagando todo intento liberador. Ni Napoleón ni sus sucesores (como tampoco los protectores y monarcas británicos) concedieron la independencia a sus enclaves americanos, actuando de forma tan reaccionaria las elites burguesas metropolitanas en contra de la causa independentista como lo habían hecho las monarquías absolutistas ante el empuje burgués hacia el interior de estas naciones. A la larga, solo la rivalidad entre Francia e Inglaterra y la convergencia temporal de los procesos revolucionarios vividos en las Trece Colonias y Francia explican el apoyo de ésta, cuando aún era absolutista, a la causa norteamericana.

Mientras, España y Portugal perdían el pulso ante estos colosales, afectados por la incursión napoleónica, los altibajos de las relaciones con Inglaterra, los movimientos liberales internos y la dependencia que iban creando hacia un mercado capitalista en cuyo ruedo protagónico no lograban insertarse. No habían aprovechado tantos siglos de dominio ultramarino para, en el momento oportuno, industrializarse y fortalecerse bajo el patrón de la nueva Nación Moderna. Continuaron viviendo su sueño de potencias medievales con lo que ya no contaban, y vieron efectivas sus pérdidas a medida que avanzaba el siglo XIX, con no pocos momentos traumáticos, como lo fueron, para España, los sucesos de 1898.

Italia y Alemania no habían llegado a conformar naciones canónicas unificadas, pero sí el sentimiento base de la unificación desde la convergencia geográfica, étnica, religiosa, lingüística e idiosincrásica ya mencionada. En el primer caso, contaba la memoria del antiguo Imperio Romano. En el segundo, un fuerte antecedente de comunidad económica y comercial a partir de la Liga Hanseática y la Zolverein. Con discursos y basamentos éticos y estéticos tan diferentes como los del *Risorgimento* y el Pangermanismo, ambos cuerpos protonacionales siguieron caminos muy diferentes, pero con un fin común: la unificación, devenida formación de la tardía pero activa Nación Moderna. Italia, tras muchos años de lucha, la lograría con el espíritu popular independentista en contra de los austriacos de la mano de Garibaldi y su condescendencia con Cavour y Víctor Manuel II. Alemania, por su parte, a partir del fortalecimiento de Prusia, desarrollaría un nacionalismo más fuerte y agresivo, apoyado en la guerra de expansión para incluir en el proyecto nacional al resto de los estados germánicos que conformaría el Segundo Imperio Alemán. Bajo la iniciativa de Bismarck y con el apoyo de Guillermo I, las tropas prusianas fueron aunando pueblos que declararían su existencia nacional, como un estado unificado, en el mismo corazón de Francia, una vez lograda su estrategia de provocar al arrogante Napoleón III para derrotarlo vejaminosamente en 1871. De esta manera, estas dos nuevas naciones llegaban tarde al reparto del mundo, sin posesiones coloniales amplias, pero no llegan tarde a la opción de cambiar su disposición por medio de la confrontación bélica imperialista.

Rusia, Austria-Hungría y el Imperio Otomano, por su parte, iban en decadencia, a la vez que sus estados monárquicos presumían de lo contrario. Sus posesiones y ansias coloniales eran imperialistas, pero el desarrollo capitalista interno brillaba por su ausencia. Sus pueblos empobrecidos, en cambio, maduraban su cohesión histórica bajo los patrones socioculturales comunes y su sumisión a las débiles burguesías existentes, además de las tradicionales noblezas obsoletas. Por la debilidad de sus Estados Nacionales en cuanto a inserción en el nuevo tipo de éstos que exigía la competencia imperialista, estaban condenados a fracasar en la Gran Guerra, bien producto de su incapacidad tecnológica para imponerse en ella, bien por la revolución social

de sus agobiadas masas (como sucedió en el primer caso hacia 1917).

Estados Unidos, en cambio, constituye un caso bien distinto: Desde fecha tan temprana como 1775 inician las Trece Colonias su guerra de independencia contra la primera potencia mundial (también la más capitalista de todas), precisamente bajo el protagonismo de la burguesía liberal y con particularidades muy llamativas. Con el apoyo francés y aprovechándose de la enorme distancia a la que se hallaba la metrópoli (que en un principio parecía contar con todo lo necesario para sofocar la revuelta), lograron la independencia de Inglaterra y pusieron en práctica la Constitución más avanzada y paradigmática de su época (1789). Surgió entonces, con una nueva concepción de *Unión* norteamericana, un Estado Nacional con características diferentes, bajo el halo patriótico de la liberación, el ego de la grandeza geográfica y la posibilidad expansionista emanada de la combinación entre la filosofía liberal ya conocida, las ventajas de la revolución industrial y la debilidad de los territorios colindantes para detener su avance. Cuando estuvo en peligro la Unión y su propio soporte económico en términos de sistema prevaleciente, eliminaron el lastre de la esclavitud y garantizaron la expansión capitalista con los efectos de la Guerra de Secesión, seguida de una *Reconstrucción* que coincidía con el tránsito hacia un imperialismo favorecido desde todos los puntos de vista.

Pero Estados Unidos no se expande de modo inclusivo reconociendo, hacia el interior de sus fronteras, a otros territorios que no sean los que pueden considerarse como nuevos estados asimilables para la Unión por la convergencia económica, política y sociocultural de sus entes sociales con el proyecto nacional. California es susceptible a formar parte de los Estados Unidos. Texas y Nuevo México también. Incluso Alaska cabe dentro del proyecto. Pero al sur del río Bravo el asunto es diferente: el español que se habla en México es demasiado español, como el que se habla en Cuba, Puerto Rico, Panamá, Venezuela o Argentina.

En el caso cubano, cabe intervenir, ocupar y figurar como salvadores e instauradores de los valores de la democracia moderna por encima de los obsoletos patrones coloniales hispanos, pero la anexión es inconcebible: Cuba se hizo nación en la ma-

nigua, y su Estado-Nación puede manipularse, pero solo siempre y cuando los cubanos entiendan que cuentan con existencia propia. Lo mismo sucede con Puerto Rico, salvo que no existe allí una experiencia de guerras liberadoras prolongadas que amenacen con una revolución social ante la nueva incursión imperial. Por ello, allí la fórmula admite la categoría de «Estado Libre Asociado». Dentro del continente, en cambio, hay Estados Nacionales formados al calor de genuinas gestas liberadoras exitosas, dirigidas bajo el patrón francés e incluso norteamericano, pero con la salvedad de que expulsaron por sí solas a las respectivas metrópolis. México puede ser chantajeado, Panamá invadido, Venezuela bloqueado; pero nunca anexados ni colonizados por la vía tradicional, porque ello implicaría violar soberanías establecidas y, por tanto, negar los propios valores fundacionales que le dan existencia a los Estados Unidos.

El Imperio Norteamericano cuenta con un hemisferio entero (y más) para buscar su expansión en la lucha por el reparto territorial, pero no abusando de la expansión territorial, sino garantizando la de su economía, que no deja lugar a la mínima competencia de las restantes en América, ni a la del capital europeo que igualmente intenta dominarlas (y que sí demuestra valorar la opción colonizadora, como lo evidencian las incursiones inglesas en buena parte de Sudamérica y la aventura francesa en México hacia la segunda mitad del siglo XIX).

Estos elementos hacen notar que las elites norteamericanas — más que el temor a vender una imagen abiertamente colonialista contra la que alguna vez se opusieron para surgir como Estado Nacional bajo su ideología democrático-burguesa (causa tradicionalmente aludida para explicar el porqué no intentaron ocupar físicamente todo el continente) — erigen su política imperialista desde la comprensión de la importancia que tienen los elementos socioculturales comunes de carácter pronacionalista que diferencian a sus naciones vecinas y que las condicionan históricamente más allá de haber constituido (escuálida pero efectivamente) el Estado Nación Moderno. Éste, por su debilidad, puede ser vulnerado, pero no sus raíces históricas, que siempre repelerán de modo objetivo el intervencionismo directo permanente.

El tema de la política hegemónica de los Estados Unidos y su proceso de sedimentación histórica, sin embargo, requeriría de

un análisis específico que trasciende los marcos del presente trabajo. De lo que se trata aquí, pues, es de ilustrar cómo el descuido del papel que juegan las configuraciones sociales premodernas en el sostenimiento y desarrollo del estado nacional una vez surgido impide explicar sus particularidades allí donde se ha desarrollado con relativa grandeza, y solucionar finalmente sus problemáticas en aquellos espacios donde padece de un carácter escuálido o altamente limitado.

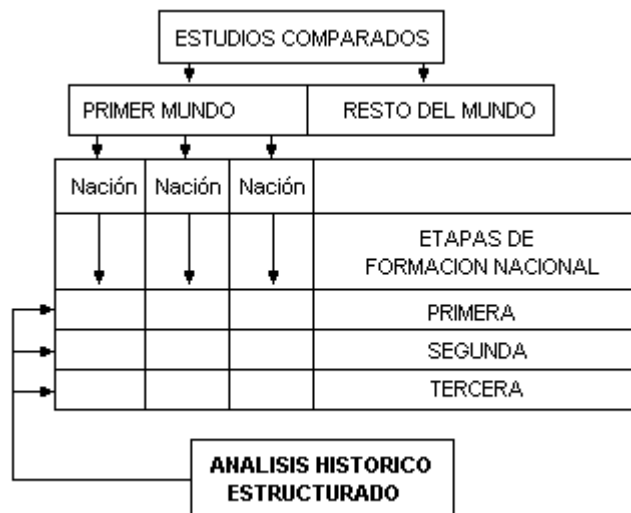
En esto se basa el vacío de la teoría tradicional para ofrecer fundamentos que defiendan o ataquen la idea acerca de la crisis del estado-nación, toda vez que deja fuera, adicionalmente, las relaciones entre el tema nacional y la complejidad de los conflictos ínter e intrarregionales que se dan en los diferentes espacios económicos, políticos y socioculturales. Igualmente, tal descuido impide trazar pautas esenciales para el análisis del proceso formativo nacional en sus diferentes momentos históricos, quedando como asignatura pendiente el estudio de la cuestión y el problema nacional durante sus interregnos constitutivos.

Solo por medio de un enfoque metodológico que supere estas carencias, trascendiendo la atomización típica de los factores étnico, educativo, de poder político y —sobre todo— de una industrialización que para nada transcurre bajo una sola fórmula, puede arribarse a una construcción teórica sobre las formaciones nacionales y el nacionalismo que resulte viable para explicar tales fenómenos en todos sus marcos témporo-espaciales.

Dicho enfoque ha de priorizar, en primer término, la inclusión del análisis socioclasista y sus contradicciones particulares en cada proceso de construcción nacional, lo cual puede catalogarse como el punto más débil de toda teoría burguesa, pues la explicación funcional de los procesos históricos desde la toma en cuenta de diversos intereses de clase siempre contrapuestos, cuestiona la esencia misma de su existencia. Sin embargo, el compromiso social de la emancipación del proletariado converge de modo exacto con las limitaciones de un estado-nación concebido desde y para una clase capitalista privilegiada, que ha logrado sostener, no solo sus valores, sino también sus categorías básicas en cuanto a estructuración política (democracia, libertad, soberanía, desarrollo, república, constitución, parlamento, etc.).

El segundo aspecto que debe incluirse en el nuevo enfoque teórico y metodológico lo constituye, precisamente, la necesi-

dad de un análisis siempre bidireccional (a escala nacional y regional) de los procesos de formación nacional y sus sentimientos asociados en cada momento histórico. Solo así puede hallarse el punto de encuentro entre la Historia Oficial y la historia real transmitida generacionalmente a través de la memoria de cada pueblo y grupo específico. Superar este obstáculo significa otorgarle sentido oportuno al tratamiento microhistórico y a la vez profundizar en las causas de los fenómenos nacionales.



El tercer elemento a incluir se halla representado en el esquema anterior a través, no ya del orden de sus componentes, sino en las etapas de tránsito que se representan. Se trata, pues, de priorizar el proceso constitutivo de la nación en sus momentos transitorios (asociados conceptualmente a la cuestión o el problema nacional más que al Estado-Nación mismo). Ello permite concentrarse en los elementos que obstaculizan su desarrollo dialéctico tanto como en los que lo potencian (lo cual, por momentos, parece ser la única motivación dentro de la teoría tradicional aquí expuesta).

Por último, se requiere, imprescindiblemente, corregir el esquema gellneriano con la incorporación de otros indicadores que aumentan las posibilidades analíticas de los factores que intervienen en la construcción del sentimiento nacional. La toma

en cuenta de dichos aspectos, notablemente descuidados hasta el momento, permiten abrir el espectro acerca de componentes geográficos, económicos, políticos, jurídicos, administrativos, étnicos, sociales, religiosos, educativos y de la cultura en general que incluyen los asumidos por Gellner en coordinación con otros que quedan fuera de su esquema.

Sin pretender pecar del mismo espíritu reduccionista o admitir regodeos estructuralistas que no ayudarían al tratamiento requerido por la cuestión, solo a modo de que puedan contemplarse mejor en la magnitud que supone su necesidad de tratamiento, tales indicadores podrían ilustrarse del modo que sigue:

INDICADORES REGIONALES				
Físico-Geográficos	Geográfico	Clasificación Regional	R1	Vinculos con el centro principal y con otros centros
			R2	Vinculos con otros centros y aislamiento del centro principal
			R3	Aislamiento regional
	Físico	Posesión de Recursos	E1	Riqueza de recursos
			E2	Tenencia de recursos
			E3	Dependencia de recursos
Económico	Niveles de industrialización		-I	No industrialización
			IE	Industrialismo extranjero
			IN	Industrialismo nacional
Políticos	Administrativo	Orden y Delimitación Administrativa	+A	En correspondencia con sus potencialidades físicas
			A	Nominal
			-A	Por debajo de sus potencialidades físicas

INDICADORES ESTRUCTURALES				
Sociales	Político	Poder Político	+P	Tenencia de poder
			P	Participación del poder sin preponderancia
	Socio-clasista	Jerarquía socio-económico	+S	Clase poderosa
			S	Clase media
			-S	Clase pobre
	Demográfico	Número de los miembros	+D	Por encima de la media de otros grupos
			D	Estándar
			-D	Por debajo de la media de otros grupos
	Genérico	Predominio de Género	H	Masculino
			M	Femenino
	Potencial	Potencialidad física	F	Más de la mitad del grupo con capacidad física
			-F	Menos de la mitad con capacidad física.

Educativa	Étnico	Convivencia Étnica	Ea	Etnia única
			Eab	Convivencia con otra etnia
			Eabc	Convivencia con otras etnias
	Lingüístico	Convivencia Lingüística	La	Lengua única
			Lab	Convivencia con otra lengua
			Labc	Convivencia con otras lenguas
	Religioso-Costumbrista	Convivencia Religioso-Costumbrista	Ca	Religión y costumbre única
			Cab	Convivencia con religión y costumbres de otro grupo
			Cabc	Convivencia con religión y costumbres de otros grupos

Educativa	Acceso a la Educación	AEd	Acceso a la educación
		-AEd	Analfabetismo
	Enfoque Educativa	EdP	Educación desde el poder de otro grupo o región
		EdN	Educación desde los intereses nacionales
	EdG	Educación de grupo	

Por supuesto, todos estos aspectos implican un mayor reto para los especialistas, que, además de enriquecerse con el intercambio interdisciplinario, ameritan conformar nuevos grupos de investigación que colectivamente, con objetos bien delimitados para el análisis comparativo, cuenten con los recursos suficientes para encaminar una tarea tan encomiable, que de otra manera no podría contribuir a superar las teorías existentes y trascender a planos realmente universales de la investigación en torno a los procesos de formación nacional, sus leyes y distinciones, concibiendo y demostrando nuevas y continuas hipótesis sobre los avatares de un objeto histórico que siempre se halla en constante construcción.

Conclusiones

1. La teoría tradicional sobre las formaciones nacionales y el nacionalismo, esgrimida desde un enfoque liberal, occidental y eurocéntrico, fundamentalmente, se halla sino incompleta aún en construcción, careciendo de un consenso mínimo por parte de los especialistas de esta misma tendencia y contando, además, con la limitante que representa la carencia de suficientes estudios marxistas, en contraparte, durante todo el transcurso de los siglos XIX y XX.
2. Si bien es la *industrialización* el fenómeno que determina la aparición del Estado-Nación Moderno, no es ella en sí misma

la que protege, perpetúa o define su existencia, sino el espíritu comunitario inclusivo (imaginado o real) que se determina con anterioridad a 1789, con estados canónicos del Antiguo Régimen que no dan lugar por sí mismos a la nueva estructura nacional, pero que lo definen a través de la pertenencia de sus actores sociales; por lo cual la Nación ni existe sin su antecedente premoderno (al menos imaginado), ni tiene suficiente garantía de vida sin sus presupuestos inscritos en la memoria histórica de los pueblos.

3. En parte como resultado de la incompreensión en torno a lo anterior, la teoría en cuestión resulta inviable para explicar los procesos de formación nacional y el nacionalismo en sí más allá de las fronteras de Europa y Norteamérica, sobre todo en lo que se refiere a los países tradicionalmente subdesarrollados de Asia, África, y —en especial— América Latina y el Caribe, donde la fórmula gellneriana resulta inoperante para entender la naturaleza y el resultado de tales fenómenos, y el resto de la teoría no permite ni explicar la crisis del estado-nación, ni explicar las relaciones entre el tema nacional y la complejidad de los conflictos ínter e intrarregionales, ni trazar pautas para el análisis del proceso formativo nacional en sus diferentes momentos, quedando como asignaturas pendientes el estudio de la cuestión y el problema nacional durante su construcción anómala, así como su manifestación territorial.
4. Solo un enfoque metodológico que supere las carencias de la teoría tradicional abordada, trascendiendo la atomización típica de los factores étnico, educativo, de poder político y —sobre todo— de una industrialización que para nada transcurre bajo una sola fórmula, permite arribar a una construcción teórica sobre las formaciones nacionales y el nacionalismo que resulte viable para explicar tales fenómenos en todos sus contextos témporo-espaciales, incorporando cuatro elementos esenciales:
 - La inclusión del análisis socioclasista y sus contradicciones particulares en cada proceso de construcción nacional.
 - El análisis bidireccional (a escala nacional y regional).
 - El proceso constitutivo de la nación en sus momentos transitorios (asociados conceptualmente a la cuestión o el problema nacional más que al estado-nación mismo).

- La incorporación de nuevos indicadores de análisis notablemente descuidados hasta el momento (geográficos, económicos, políticos, jurídicos, administrativos, étnicos, sociales, religiosos, educativos y de la cultura en general).
5. La inserción de estos cuatro elementos no solo permite responder a la necesidad actual de superar la teoría existente y trascender a planos superiores y realmente generalizables en términos de aplicación teórica y metodológica, sino que supone su concurrencia total, sin exclusión de ninguno, determinando, en efecto, el planteamiento de nuevos macroproyectos y direcciones de estudio de gran envergadura cualitativa y cuantitativa que permitan verificar las nuevas hipótesis que se planteen en torno a cada indicador establecido y su relación con el problema que se investiga, proponiendo nuevas divisas para comprender los procesos formativos de la nación y la región históricas.

Bibliografía

- ANDERSON, BENEDICT: *Comunidades Imaginadas*, Cambridge University Press, Madrid, 1998.
- BEINER, R.: *Teorizando el Nacionalismo*, Suny Press, Albany, 1999.
- BENEGAS LYNCH (h), ALBERTO: *Nacionalismo: Cultura de la Incultura*. Monografía. Versión digital [s/a.].
- BORÓN, ATILIO: *Imperio e Imperialismo*, Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 2001.
- BRUBAKER, R.: *Nationalism Reframed: Nationhood and the National Question in the New Europe*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996.
- CAPUTO, ORLANDO DE, JOSÉ M. VIDAL Y JAIME ESTAY: *El Presente del Estado Nación*, Icaria, Santiago de Chile, 2001.
- CASARES, JULIO: *Diccionario Ideológico de la Lengua Española*, Gustavo Gili S.A., Barcelona, España, 1963.
- CHOMSKY, NOAM: *Noam Chomsky en La Jornada*, Ciencias Sociales, La Habana, 2002.
- CONNOR, W.: *La Cuestión Nacional en la Teoría y la Estrategia Marxista-Leninista*, Princeton University Press, Princeton, 1984.
- DÍAZ CASTAÑÓN, MARÍA DEL P. (Comp.): *Perfiles de la Nación*, tomo 1, Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 2004.

- DÍAZ DE ARCE, OMAR: *El Proceso de Formación de los Estados Nacionales en América Latina*, Gente Nueva, La Habana, 1987.
- ENGELS, FEDERICO: *El Origen de la Familia, la Propiedad Privada y el Estado*, Editora Política, La Habana, 1982.
- _____: *El Papel de la Violencia en La Historia*. En Marx, Carlos y Federico Engels, Editora Política, La Habana.
- FRANCO, IVÁN: *Naciones y Nacionalismo en la Obra de Ernest Gellner*. Monografía, 1999, Versión digital.
- GARCÍA CALDERÓN, FRANCISCO: *Las Democracias Latinas de América*. Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1979.
- GELLNER, ERNEST: *Naciones y Nacionalismo*, Oxford University Press, Barcelona, 1983.
- _____: *Pensamiento y Cambio*, Cambridge University Press, Barcelona, 1997.
- GILBERT, P.: *Filosofía del Nacionalismo*, Westview, Boulder, 1998.
- GREENFELD, LIAH: *Nacionalismo: Cinco Caminos a la Modernidad*, Harvard University Press, Cambridge, 1992.
- GUEHENNO, J. M.: *El Fin del Estado-Nación*, University of Minnesota Press, Minnesota, 1995.
- HALL, JOHN A. (Ed.): *Estado y Nación. Ernest Gellner y la Teoría del Nacionalismo*, Cambridge University Press, Madrid, 2000.
- HARDT, MICHAEL Y TONI NEGRI: *Imperio*, Paidós, Buenos Aires, 2002.
- HASTINGS, ADRIAN: *La Construcción de las Nacionalidades*. Cambridge University Press, Barcelona, 2000.
- HAUPT, GEORGE Y MICHAEL LOWY: *Los Marxistas y la Cuestión Nacional*, Fontanera, Barcelona, 1972.
- HOBBS, TOMAS: *Leviatán*, Colección Clásica, Grijalbo, Barcelona, 1996.
- HOBBSAWM, ERIC: *Entrevista sobre el siglo XXI*, Tecnos, Madrid, 2000.
- _____: *Naciones y Nacionalismo desde 1780*, Crítica, Barcelona, 1998.
- _____: *Historia del Siglo XX*. Crítica, Barcelona, 1995.
- HOBBSAWM, ERIC Y TERENCE RANGER: *La Invención de la Tradición*, Crítica, Barcelona, 2002.
- HROCH, MIROSLAW: *Real y Construida: La Naturaleza de la Nación*, Cambridge University Press, Madrid, 2000.
- KOSSOK, MANFRED: *La Revolución en la Historia de América Latina*, Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 1989.

- KYMLICKA, W: *Ciudadano Multicultural: Una Teoría Liberal del Derecho Minoritario*, Oxford University Press, Oxford, 1995.
- LANDES, DAVID: *La Riqueza y la Pobreza de las Naciones*, Crítica, Barcelona, 1999.
- LASO PRIETO, JOSÉ MARÍA: «El Derecho a la Autodeterminación», en *Utopías*, pp. 181-182, 1999.
- LENIN, VLADIMIR ÍLICH: «Discurso sobre el Problema Nacional», en *Obras Escogidas*, tomo 2, Ed. Progreso, Moscú, 1980.
- _____: «Las Tareas del Proletariado en Nuestra Revolución», en *Obras Escogidas*, tomo 2, Ed. Progreso, Moscú, 1983.
- LIST, FRIEDRICH: *El Sistema Nacional de Economía Política*, Crítica, Barcelona, 2000.
- LOCKE, JOHN: *Two Treatises on Government*. Cambridge University Press, London, 1985.
- LOMBANA, RAÚL M.: *Nación y Región: Introducción a un Análisis del Problema Teórico de las Formaciones Nacionales y el Nacionalismo*. Memorias del X Congreso de SOLAR, Ciudad de La Habana, 2006.
- _____: *Problemas de Interpretación Histórica: La Teoría de las Formaciones Nacionales y el Nacionalismo desde la Perspectiva Regional Contemporánea*. Memorias del VIII Encuentro de Historiadores del Centro, Santa Clara, 2005.
- _____: *El Movimiento Obrero Norteamericano en la Época del Ascenso y Desarrollo del Imperialismo*. Memorias del VII Taller Internacional de Problemas Teóricos y Prácticos de la Historia Regional. IHC, Ciudad de La Habana, 2005.
- _____: *La Formación de los Estados Nacionales y el Problema Ético de la Guerra en la Historia Universal*, Universidad Central de Las Villas, Santa Clara, 2002. (Inédito).
- MARX, CARLOS: «Las Luchas de Clases en Francia», en Marx, Carlos y Federico Engels: *Obras Escogidas*, tomo 1, Ed. Progreso, Moscú, 1976.
- MARX, CARLOS Y FEDERICO ENGELS: *Manifiesto Comunista*, Editora Política, La Habana, 1981.
- MCMAHAN, J. Y R. MCKIM (Eds.): *La Moralidad del nacionalismo*, Oxford University Press, New York, 1997.
- MERQUIOR, JOSÉ GUILHERME: *La Teoría del Nacionalismo de Ernest Gellner*. Monografía. Versión digital, 2000. (Versión digital).
- MILL, JOHN STUARD: *Del Gobierno Representativo*, Tecnos, Madrid, 1985.

- O' LEARY, BRENDAN: *El Diagnóstico de Gellner sobre el Nacionalismo: Una Visión General Crítica: Estado y Nación*. Cambridge University Press, Madrid, 2000.
- ORTEGA Y GASSET, JOSÉ DE: *Europa y la Idea de Nación*, Alianza Editorial S.A., Madrid, 1985.
- PETRAS, JAMES: *La Centralidad del Estado en el Mundo Contemporáneo*, Ed. Grijalbo, Barcelona, 2000.
- RENAN, ERNEST: *¿Qué es una Nación?*, Alianza Editorial, Madrid, 1982.
- ROMERO, EDGARDO, RAÚL M. LOMBANA Y OTROS: *Introducción a la Historia del Pensamiento Político*, Editorial Feijóo, Universidad Central de Las Villas, Santa Clara, 2005.
- SANTANA CABRERA, BORIS: *La Polémica sobre el Estado-Nación en el Contexto Integracionista Latinoamericano bajo el Impacto de la Globalización Neoliberal*. Tesis Doctoral. Universidad Central de Las Villas, Santa Clara, 2007.
- SANZ MORENO, JOSÉ A. DE: *El Universo Local: Nación y estado, Constitución y Autonomías*, Comares, Madrid, 2005.
- SMITH, ANTHONY: *El Origen Étnico de las Naciones*, Oxford University Press, Londres, 1986.
- SPORZLUK, ROMAN: *Reflexiones sobre el Cambio: Ernest Gellner y la Historia del Nacionalismo*, Crítica, Barcelona, 2001.
- STALIN, JOSÉ: «El Marxismo y la Cuestión Nacional», en C. A: *Selección de Lecturas de Historia Contemporánea*, Editora Política, La Habana, 1983.
- STON-WATSON, H.: *Nations and Status: An Inquiry Into the Origins of Nations and the Politics of Nationalism*, Oxford University Press, Oxford, 1987.
- VIDAL-QUADRAS, ALEIX: *Amarás a tu Tribu*, Crítica, Barcelona, 2001.
- Vilar, Pierre: *Sobre los Fundamentos de las Estructuras Nacionales*, Historia, Madrid, 1978.
- WALLERSTEIN, INMANUEL: *El Capitalismo Histórico*, Crítica, Barcelona, 1992.
- WEILL, CLAUDE: «Rosa Luxemburgo, la Cuestión Nacional y la Soberanía», en *Historia Crítica*, Madrid, 1998.